



## Un biólogo mira el sexo



Julián Monge Nájera  
Editor de la *Revista  
de Biología Tropical*

*En contra de las creencias de la sociedad machista, la evidencia biológica sugiere que la infidelidad femenina fue la condición ancestral de nuestra especie.*

¿Alguna vez se ha preguntado usted por qué -en general- los hombres son más grandes que las mujeres? Esa es una pregunta importante para los biólogos, quienes han recurrido a los estudios comparativos para buscar una respuesta.

En muchos animales lo normal es que la hembra sea más grande, pues requiere más recursos y espacio para las funciones maternas. Típicamente, las excepciones son las especies poligínicas, o sea aquellas en que los machos luchan por las hembras y forman harenes.

Estas luchas pueden llevar al impresionante gigantismo de los "elefantes marinos", en los cuales la cópula debe darse lateralmente, pues ya no es posible para la pequeña hembra resistir el peso del macho.

Seguramente la poliginia fue la condición original en nuestros antecesores, pues ya en el género *Australopithecus* las hembras eran más pequeñas. Aunque en Occidente la poliginia es ilegal, es la forma normal de vida para 400 millones de islamitas y numerosas minorías en todo el mundo. En Costa Rica solo la practican abiertamente los guaymíes.

Otra gran pregunta biológica sobre el sexo es por qué las mujeres no tienen un período marcado de receptividad sexual (estro). En todos nuestros parientes primates, la época de fertilidad femenina es abundantemente anunciada por olores especiales e "inflamación" del área genital.



Recuerdo las preguntas incómodas sobre este fenómeno que solían hacer los niños a sus padres cuando los llevaban a ver a la solitaria chimpancé de nuestro Parque Bolívar.

Por el contrario, y en palabras del Dr. Peter Sprechman, "el estro es uno de los secretos más celosamente guardados" del ser humano. ¿Por qué?

Evolutivamente esto pudo ocurrir en nuestra especie si cada mujer se beneficiaba al tener un hombre dedicado exclusivamente en la cría de sus hijos. La teoría contemporánea afirma que el estro oculto es resultado del paso de la poliginia a la monogamia, en que cada mujer se asocia a un solo hombre.

A cambio del alimento y otros bienes, el hombre recibía la satisfacción de una vida sexual prolongada todo el año. Pero entro aquí otro elemento básico de la evolución orgánica: en el fondo, lo único que cuenta es lograr mayor nivel de reproducción exitosa.

Al no existir una época breve de fertilidad, a cada hombre se le hizo imposible vigilar la fidelidad de su esposa (tenía que estar saliendo a cazar, pescar, etc.).

Por otra parte, las mujeres que pudieron así engañar a sus maridos menos inteligentes y capaces, y ser inseminadas por los hombres más aptos, podían tener hijos mejor dotados para sobrevivir y reproducirse a su vez.

Irónicamente, la tendencia femenina a la fidelidad fue -en la mayor parte de los casos- una desventaja para la mujer que la tuviera.

Este "escenario biológico" podría explicar la gran represión sexual a que someten a la mujer las sociedades machistas, llegando incluso al criminal extremo de mutilar sus órganos sexuales, como hacen aún muchos africanos (en países más "avanzados" se usan métodos más refinados que algunos consideran una "castración psicológica").

La socióloga J. Robinson, quien aprovechaba la biología para enriquecer sus análisis, propuso que la mujer pasó a ser considerada una propiedad del hombre cuando éste quiso asegurarse de que heredaba los bienes a sus hijos biológicos. Así, el himen sigue siendo una especie de humillante sello de garantía en nuestra sociedad.

¿Si la fidelidad sexual no es natural en nuestra especie, debe considerársela buena o mala? Esta ya no es una pregunta para un biólogo, quien se limita a explicar el cómo y porqué del comportamiento. Se trata entonces de un problema ético y cada sociedad tiene su respuesta.

En sociedades donde la mujer recibe un trato más respetuoso de su propia naturaleza, la paternidad no importa, solo los hijos. Por ejemplo, F. Mowat relata en uno de sus libros, cómo se sorprendían los inuit ("esquimales") de sus preguntas sobre quién era el padre de algún niño. Ni siquiera la madre lo sabía y con todo, opinó Mowat, "no hay padres más amorosos que los hombres inuit".